

Sigue A. Baliñas el plan que se ha trazado, exponiendo en la primera parte «el pensamiento de A. Ruibal, en proceso dentro de su contexto», contexto y proceso personal histórico y temático, en los que resalta su genio polémico e independiente, porque vislumbraba el sistema nuevo que iba construyendo. Compartiendo con los autores escolásticos la concepción cristiana de la vida y lo exigido por el dogma católico, sin embargo, él aportaría otro andamiaje para estructurarlo racionalmente. *La lingüística indo-europea* (1900) y *Los problemas fundamentales de filosofía comparada* (1904-1905) abren amplias posibilidades a una elaboración filosófica de su obra principal, *Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma* (10 tomos), que recibe a la vez su coronamiento en el ámbito jurídico con la obra *Derecho penal de la Iglesia católica*, en la que el lingüista y el filósofo-teólogo aporta notables consideraciones sobre la persona, la ley natural y los conceptos básicos del Derecho penal, el delito y la pena.

En cuanto al sistema, «una nueva teoría de la abstracción» en la que hace la crítica del «realismo moderado» sin caer por ello en el nominalismo ockamiano, afirmando una radical onto-noética del singular, esto es, un verdadero dualismo ontológico de sujeto y objeto, idea y «res», sobre el dualismo «fenoménico» que se nos ofrece ya como dato de conciencia.

A esta idea responde su teoría de la correlatividad, o correlacionismo, en la que el término «correlación», acuñado por él, es empleado como «correlativo», pretendiendo superar el inmovilismo de los sistemas realistas e idealistas, que *sustancializan* el sujeto o el objeto, olvidando la función de nexo que «complica» objeto-sujeto. Porque el sujeto y el objeto son partes correlativas de un todo.

En torno a la correlatividad así entendida gira su filosofía con una validez y actualidad indiscutibles.

A. Baliñas expone en varios capítulos un esbozo panorámico de la teoría, considerándola como teoría clave para los demás problemas fundamentales; el correlacionismo en la filosofía contemporánea, con su concepción de la sustancia y accidente, la causalidad eficiente, y el conocimiento desde la correlatividad en el que aparece la relación entre la gnoseología y la ontología, ya que la función de conocer y la consiguiente elaboración de la certeza no es—dice Amor Ruibal—de valor lógico ni psicológico, sino a condición de ser antes de valor metafísico.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

BECK, Heinrich: *El Dios de los sabios y de los pensadores*. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Madrid, 1968. 163 págs.

Cada vez más extendida es la errónea creencia que, desde el comienzo de la Edad Moderna, estima que el problema de Dios no puede ser resuelto por la filosofía ni tratado científicamente, sino que su solución

está reservada a un acto de fe subjetiva, que no puede justificarse objetivamente. A demostrar la falsedad de esta opinión tan divulgada, se dirige este libro, cuyo título original, *Der Gott der weisen un denker. Die philosophische gottesfrage*, fue publicado en 1964 y que ahora, en versión española de Mariano Marín Casero, presenta la Biblioteca Hispana de Filosofía, tan merecidamente prestigiada por sus notables publicaciones.

El propósito del autor, la demostración de la existencia de Dios partiendo del mundo con los medios del pensar científico, con lo que presta una valiosa «ayuda en el conocimiento de la base común de verdad de todas las religiones y confesiones y aporta así una piedra fundamental para el encuentro que ha iniciado el Concilio Vaticano II».

El problema de Dios, de su existencia, su esencia y relación con el mundo y con el hombre responde al problema del sentido y contenido de la vida y del ser en general, que un día despierta en todo hombre y exige una decisión. Por eso este problema «es, con mucho, el más importante y el más profundo; el más existencial de todos los problemas que se plantean». Tiene este problema un doble aspecto: filosófico y teológico según que se trate de obtener una respuesta al mismo sólo por la reflexión humana, o a partir de la fe en una especial revelación sobrenatural. No son, en modo alguno incompatibles estos dos aspectos. Es el viejo problema de la conciliación de la filosofía y de la teología que, a su vez, no es sino una consecuencia de las relaciones entre la fe y la razón tan luminosamente resuelto por Santo Tomás y la filosofía llamada «cristiana».

El *conocimiento* religioso natural de Dios, «filosóficamente ilustre y deducible en su logicidad, a partir del mundo, constituye también la base para la *fe* religiosa en una revelación sobrenatural de Dios en los profetas del Antiguo Testamento y en Jesucristo».

Si se disocia el hombre creyente en un conocedor moralmente natural y en un creyente puramente sobrenatural, la existencia humana concreta padecería, entonces, un estado de tensión entre dos mundos extraños entre sí, enfrentados y sin relación, que no encontraría verdaderamente su patria ni el mundo de la fe ni el mundo del conocimiento, «estaría divorciado en un hombre cognoscente y en un hombre creyente y enfermaría de esquizofrenia existencial» (pág. 24).

Si, en efecto, se hiciese esa disociación del hombre—firmemente subrayada por el autor—, como creyente no puede el hombre comprender su fe y como conocedor no puede albergar su saber en Dios; como creyente niega su entendimiento y como conocedor no sabe cómo empezar con Dios. La falta de comprensión natural de Dios por el mundo y en el mundo «representa, por tanto, en la existencia humana concreta como tensión insana e insoportable porque la fe ante la razón encajada en el mundo, existiría sin justificación y sin responsabilidad».

Es, pues, preciso que nuestro conocimiento natural se abra camino a través del mundo y que toque a Dios, para que seamos capaces de aceptar al Dios que se revela sobrenaturalmente. O, en otros términos, el proceso del pensamiento, en la demostración de la existencia de Dios,

se eleva primeramente de la existencia del mundo a la existencia de Dios.

Esta va a exponer el libro que presentamos.

Tras unos primeros capítulos de carácter introductorio y de exponer el sentido y justificación del problema filosófico de Dios a partir de la situación existencial del hombre, y de presentar brevemente las principales concepciones filosóficas que han surgido en la historia del pensamiento en torno a este problema (el excepticismo, el ateísmo, el teísmo), el autor desarrolla su propia teoría filosófica de Dios. Para ello, parte de la existencia del mundo de la que se eleva a la del Creador; estudia a continuación la esencia divina, para volver desde ella al mundo.

El proceso de pensamiento del autor posee así «la forma de un circuito»: en la demostración de Dios se eleva, primeramente, de la existencia del mundo a la existencia de Dios (cap. III); después se detiene en la esencia de Dios (cap. IV), para desde aquí, y dentro de una concepción del mundo a partir de Dios, volver de nuevo al mundo, que ahora, a partir de su fundamento y origen divino, puede ser comprendido de modo más profundo en su ser y sentido (cap. V).

Para Heinrich Beck la ascensión realizada de un modo científico del ser del mundo al ser de Dios o la «demostración de Dios», constituye el núcleo decisivo de una teoría filosófica de Dios. Pero si la demostración filosófica de Dios es siempre un ascenso de abajo a arriba, podría creerse que posee carácter intuitivo, pero Dios no es una propiedad general del ser o del comportamiento de las cosas, sino su fundamento óntico. El método, pues, para la demostración de la existencia de Dios es «el retroceso al fundamento óntico a la retro-referencia del mundo físico experimentable, a su fundamento metafísico que no es ya experimentable directamente». La demostración de la existencia de Dios, por caminos filosóficos, no es la deducción matemática, ni tampoco la inducción científico-natural, sino la reducción metafísica.

La demostración filosófica de Dios se tiende entre un punto de partida (el mundo experimental) y un punto de llegada (la existencia de Dios). Porque Dios no es comprensible inmediatamente en sí, sino solamente de un modo filosófico en el espejo del mundo.

La doctrina del autor para demostrar que el problema de Dios puede ser resuelto por la filosofía y tratado científicamente, es una fina exposición de los momentos o pasos de ese ascenso del mundo a Dios.

Parte, en primer lugar, de que el mundo está dado en nuestra experiencia y es investigado en su carácter óntico. Señala después que todo ente del mundo se funda en otro ente (principio de razón suficiente). Se deduce de aquí, en un tercer paso, que el mundo se fundamenta en un ente diferente de sí mismo, en el que ahora hay que demostrar los rasgos de Dios. De esta resultan «las siguientes vías de demostración: de lo perecedero a lo eterno; del orden al ordenador; del hombre, que tiende a Dios como meta y por ello se encuentra en una situación de transferencia en orden a Dios (principio antropológico), al tú absoluto».

Y si Dios es Creador, Ordenador y Legislador, del universo y del hombre, el problema de Dios, tratado filosófica y científicamente y no sólo como acto subjetivo de fe, es—dice con razón el autor—«el más

importante y el más profundo, el más existencial de todos los problemas que se plantean».

Y el más importante también para la filosofía del Derecho y, por tanto, para nuestro ANUARIO.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

BENEYTO, Juan: *Los cauces de la convivencia*. Una política de instancias sociales. Editoria Nacional. Mundo Científico. Serie Sociología. Madrid, 1969. 151 págs.

Mal le va a la política y a lo político cuando no responden a lo social. La realidad política y el poder político deben ser expresión de la realidad social y de sus exigencias, y cuando no representan o recogen las necesidades y aspiraciones de la sociedad, tarde o temprano fracasan, a veces violentamente, por vivir de espaldas a la realidad social.

Y la realidad social se despliega en un variado conjunto de formas de comportamiento, usos o conductas, porque la realidad social aparece como vida y como convivencia, ambas configuradas por los usos y apoyadas por las creencias. Y la convivencia—que es algo más que mera coexistencia—exige una normación, un tratamiento jurídico y político. La utilidad común asocia a los hombres y la aceptación del Derecho hace habitable el ámbito social. Para conservar la unidad se alza la autoridad; para cumplir los fines se urgen los medios y se desarrolla la organización. La vida de los hombres es vida asociada, desde la familia a la sociedad universal.

Y en todas las múltiples proyecciones sociales del hombre las formas de convivencia se multiplican también y tienen sus cauces de manifestación. La vida moderna es vivida asociativamente, y si hay que contar siempre con la persona y no puede prescindirse de ella, la persona ha de contar con las copersonalidades, con la tradición, con el ambiente mismo.

La interacción social es un viejo fenómeno, y consideradas las fuerzas que conducen hacia la comunidad, en las relaciones que se producen y el modo de cómo está construido el agrupamiento, señala Beneyto las situaciones de adscripción a la tierra de la vida rural, la religión, la unión de la confesión con la ciudadanía, el juego de las interacciones socioculturales; es decir, que los agrupamientos humanos se constituyen teniendo en cuenta elementos de variada índole, porque lo humano es creador, innovador, frente a lo puramente animal que es reiterativo.

Estudia el autor, en otros tantos capítulos, esas situaciones y fenómenos de la asociación y de la convivencia: paisaje y ambiente; los niveles de la cohesión (sangre, raza, familia, idioma, nación, religión, etcétera); el agrupamiento laboral (trabajo y profesión); la concurrencia de criterios, que incita a la afinidad, las ideologías, los grupos sociales y políticos (partidos y antipartidos). Y todo ese interesante recorrido del libro de Beneyto es un estudio agudo filosófico-político de los hechos